

LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 46—SÁBADO 16 DE NOVIEMBRE DE 1850—
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO. 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ADVERTENCIA.

Hoy se reparten en Madrid los prospectos de LA ILUSTRACION, del SEMANARIO PINTORESCO y de LAS NOVEDADES, que nuestros suscritores de provincias habrán recibido con el número anterior; por ellos se verán las mejoras que vamos a introducir, los regalos que hacemos y las bases ventajosísimas con que brindamos a nuestros abonados.

No hay nadie que no se haya dicho alguna vez: «¿cuándo aparecerá un periódico que considere la verdad como su principal mérito, que cuente las cosas sencillamente, sin comentarios apasionados, sin preocupaciones de partido, que informe rápidamente a sus lectores de todas las novedades, que no se dedique más que a las novedades, que cifre su porvenir en el crédito que llegue a adquirir por la prontitud y la imparcialidad con que dé cuenta de las novedades?» Pues bien, este periódico cuya conveniencia se ha ocurrido a todo el mundo, pero que nadie ha emprendido hasta el día, es el que vamos a regalar a nuestros suscritores. Plan, sistema, método, confección, bases, precios, condiciones, todo es nuevo, todo es extraordinario.

Después de impreso un gran número de ejemplares del prospecto, hemos logrado confiar la parte satírica a los señores

- D. Modesto Lafuente (Fray Gerundio).
- D. Antonio María Segovia (El Estudiante).
- D. Juan Martínez Villergas.
- D. Luis Mariano de Larra.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la combinación de cuatro publicaciones que detallamos en el prospecto de LAS NOVEDADES.

Los suscritores que reciben un periódico de política, pagan ordinariamente 12 rs. en Madrid y 20 en provincias; es decir, 144 rs. en Madrid y 240 en provincias; pues bien, la suscripción cuádruple a LA ILUSTRACION, SEMANARIO, NOVEDADES y segunda serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, no cuesta más que unos 13 rs. en Madrid y 18 en provincias.

El suscriptor que recibe un periódico político se encuentra con que al cabo del año no le queda nada en cambio del dinero que ha gastado.

El que hace un abono cuádruple, reúne al fin del año un diario político imparcial, foliado, con 52 caricaturas y con artículos de plumas acreditadas y muy apreciadas del público; la colección de decretos y reales órdenes; una revista de actualidad ilustrada con 700 magníficas láminas; un periódico literario redactado por los primeros escritores del país, e ilustrado con 300 grabados, y 52 entregas (52 tomos) de obras escogidas; en todo unos 200 volúmenes de interés permanente y 1300 grabados nuevos en España, ahorrando todavía en provincia 24 rs.

Ya que hoy hemos usurpado un lugar del periódico para hablar de nuestras tareas, séanos permitido presentar lista de las personas que en esta año han prestado su colaboración a las publicaciones que dirigimos, proporcionándonos la satisfacción de ver agrupados en ellas la mayor parte de los nombres que gozan de importancia literaria en España.

El tomo del SEMANARIO que va a terminar en diciembre, contiene producciones de los señores:

- Escosura, Zorrilla, Quevedo, Brabo, Caunedo, Lafuente (Fray Gerundio), Eguren, Navarrete, Breton, Figueroa, García Blanco, el conde de Ramsault, Baralt, Cervino, Miquel y Roca, Srta. Coronado, Esperon, Sra. de Avellaneda, Plácido (producciones inéditas) Fernandez de los Rios, Martínez del Romero, Espronceda (producciones inéditas), Ariza, Neira de Mosquera, Salomon, Lista (producciones inéditas), Casas-Deza, García-Gutiérrez, García Escobar, Calvo, Guillen Buzarán, Ferran Caballero, Carvajal, Gil Sanz, Cea, Gimenez-Serrano, Hartsenbusch, Barrantes, Heredia (producciones inéditas), Gil, Cánovas, etc.

En el de LA ILUSTRACION hay trabajos entre otros, de los señores Mesonero Romanos, Navarrete, Magariños, Montemar, Baeza, Akstin Elpidos, Barbieri, Araque, El baron de Illescas, España, Martínez (D. Luciano), Ibarrola, la Rosa, Milanés, Vellista, etc., etc.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

La primera obra nueva, original, que aparecerá en esta baratísima publicación, después de la excelente novela de la Señorita Coronado titulada Jarilla, que acaba de salir a luz,

será una colección de poesías y legendas inéditas de D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, que con el título de El Crepúsculo de la tarde, acaba de ordenar el distinguido autor de El moro Espósito. Muy pronto esperamos imprimir también entre otras obras originales, tres de los señores D. Serafín Calderon (el Solitario), D. Patricio de la Escosura y D. Antonio Cánovas del Castillo. A estas producciones seguirán otras que han tenido la bondad de ofrecernos escritores muy conocidos y justamente apreciados. En punto a las extranjeras ya hemos dicho que no nos ceniremos al corto catálogo inserto en el prospecto; no porque hayamos anunciado algunas ha de creerse que nos limitamos a ellas: nuestra intención es dar en la colección las obras más notables de todos los países formando una Biblioteca escogida. Desde diciembre aparecerá en la BIBLIOTECA UNIVERSAL una entrega semanal de la primera serie y otra de la segunda; hemos tenido que vencer no pocos obstáculos para satisfacer esta justa exigencia de casi todos los suscritores, que consideraban, con razón, indispensable la mayor frecuencia en la aparición de la 1.ª serie, para que adquiriera mayor interés y utilidad.

HISTORIA DE LA SEMANA.

La Gaceta contiene la siguiente disposición: Real decreto concediendo al ministro de la gobernación tres suplementos de crédito que importan 1.430,000 rs. con destino a cubrir las cantidades que por fin del corriente año, debe-

rán faltar para las atenciones del personal de los ramos de protección y seguridad pública, de correos y de telégrafos. Las noticias que recibimos de todos los puntos de la península e islas adyacentes, son satisfactorias.

Igualmente lo son las de la isla de Cuba que tenemos hasta el 11 del pasado octubre.

Hallábanse en las aguas de la isla dos vapores de guerra franceses, el *Elan* y el *Mogador*, con instrucciones del presidente de aquella república para ponerse a la disposición de las autoridades españolas, y obrar de consuno con la escuadra de S. M. C., en caso de un nuevo ataque de piratas.

El 4 se cantó en la catedral de la Habana un solemne *Te Deum* en acción de gracias a Dios por haber desaparecido del todo el cólera de aquella capital. La desaparición de la epidemia fué anunciada oficialmente por la junta superior de sanidad, y tan fausta noticia causó en todo el vecindario una alegría general.

En los demás puntos de la isla no hacía ya grandes estragos la epidemia, si bien no era aun completamente satisfactorio el estado sanitario.

FRANCIA.—Las cartas de París del 4 anuncian que el general Changarnier y el presidente de la república se han reconciliado, y que existe entre ambos la mejor armonía. A esta circunstancia se debe sin duda la subida, aunque pequeña, que han experimentado los fondos públicos. El gobierno está preparando el mensaje que debe dirigir a la asamblea, y parece que se propone descartar de él todo cuanto pudiese directa o indirectamente contribuir a suscitar discusiones irritantes.



El Excmo. Sr. D. Juan Brabo Murillo, ministro de Hacienda.

Se espera que la Asamblea seguirá el mismo buen ejemplo.

El 6 hubo consejo de ministros para tratar de los asuntos de Alemania. La comisión permanente de la Asamblea que había determinado reunirse diariamente, ha resuelto después, en vista de haber cesado las causas que le indujeron á tomar aquella medida, no celebrar mas sesiones que las ordinarias. El general de la Hitte, ministro de negocios extranjeros, ha sido nombrado representante por el departamento del Norte (Lila.)

El gobierno francés se ha decidido al fin á disolver la sociedad titulada *Diez de Diciembre*. El decreto relativo á este asunto ha sido publicado en el *Moniteur* del 8. La comisión permanente de la asamblea estaba reunida á la salida del correo. También lo estaba el consejo de ministros. La disolución de la mencionada sociedad había causado gran disgusto á los bonapartistas.

INGLATERRA. Un periódico de Londres publica una carta firmada por Mr. Grey, en la cual se declara á nombre de lord John Russell que el gobierno inglés no ha tenido ninguna noticia del nombramiento de los prelados católicos hasta que los periódicos han publicado la lista; que el gabinete no ha aprobado ni sancionado semejantes elecciones, y que cuando lord Minto estuvo en Roma, nadie le consultó sobre este asunto.

El 5 se celebró en Londres el aniversario de la conspiración llamada de la pólvora. Con este motivo hubo grandes demostraciones y escenas grotescas para ridiculizar al Papa y á los nuevos prelados católicos ingleses.

PRUSIA. El 30 corrieron rumores alarmantes en Berlin; el 31 hubo algo menos inquietud. Se hablaba de la retirada del ministro de lo Interior Mr. de Manteffel, y de haber llegado una nota de la Rusia manifestando que el emperador consideraría como una declaración de guerra toda agresión contra los bávaros en el electorado de Cassel.

Por otra parte se aseguraba en París el 2 que el Czar había aceptado la proposición que le había sido hecha para que se constituyese árbitro de las diferencias que dividen á la Prusia y al Austria, con cuyo objeto debían reunirse los tres soberanos en Ersmandorff.

De las conferencias de Varsovia se sabe únicamente que el conde de Brandemburgo, presidente del consejo de ministros de Prusia, ha presentado sus proposiciones, de las cuales cuatro han sido aceptadas sin dificultad por el Austria. Las otras dos las ha rechazado. En la primera de estas pedía, según parece, la Prusia compartir con el Austria la presidencia del nuevo poder central germánico. En la segunda designaba la ciudad de Dresde como punto el mas á propósito para la reunion de los plenipotenciarios. El Austria prefirió que sea en Viena, y en cuanto á la presidencia de ningún modo quiere ceder en un ápice sus antiguos derechos.

El conde de Brandemburgo ha regresado á Berlin, dejando estos dos puntos pendientes, acerca de los cuales necesitará, sin duda, nuevas instrucciones de su gobierno.

HESSE-ELECTORAL.—Después de tantos preparativos y anuncios como se han hecho en estos dos últimos meses, el ejército bávaro ha penetrado en el electorado de Hesse. El 1.º de noviembre un cuerpo de 8,000 hombres con un batallón de cazadores austriacos y dos baterías y media de artillería, entró en Hanau. El general príncipe de la Tour y Taxis pasó revista á las tropas, y en seguida marcharon la mayor parte á Geinhausen, quedando en Hanau 3,500 hombres con el cuartel general.

En el mismo día el elector ha dirigido una proclama á sus súbditos, anunciándoles que las tropas bávaras entran en el electorado para restablecer el orden y hacer respetar la autoridad suprema. Añade que los bávaros no son mas que la vanguardia del ejército austriaco.

A consecuencia de la entrada de las tropas federales en el Electorado de Cassel, una division de 6000 hombres del ejército prusiano al mando de los generales Radgivil de Croeben y de Cotte llegó á Fulda el 2 de noviembre.

El elector de Cassel ha dirigido al gabinete de Berlin una protesta contra la entrada de los prusianos en el electorado. Al mismo tiempo ha dado orden á su encargado de Negocios, Mr. Dacruberg, para que se retire inmediatamente. En esta protesta supone el Elector ha sido violada su soberanía, é invoca la intervencion y proteccion de la confederacion germánica.

A consecuencia del paso dado por el Elector, la Dieta de Francfort ha intimado á las tropas prusianas la orden de que suspendan su marcha.

El 3 llegó á Hiel un gefe militar austriaco con objeto de notificar al gobierno del ducado de Holstein y al general en gefe del ejército una decision de la Dieta para que se suspendan las hostilidades.

Todas estas disposiciones son el resultado de las conferencias de Varsovia, las cuales han terminado ya, habiendo regresado el emperador de Rusia y el de Austria á sus respectivas cortes.

ITALIA.—En Turin corrió la voz de que el Papa había fulminado una excomunion contra los ministros, pero los diarios ministeriales se apresuran á tranquilizar las conciencias asegurando que semejantes rumores son infundados.

El gobierno pontificio ha publicado un edicto estableciendo la Consulta de Estado en materia de Hacienda con arreglo á la promesa hecha en el *motu proprio* de 12 de setiembre de 1849.

AMÉRICA.—Por el vapor *Europa*, que entró en Southampton el 3 por la mañana, se han recibido noticias de Nueva-York del 23 de octubre. Nada de particular ocurría en los Estados-Unidos; lo único de que se ocupan los periódicos es de la llegada de buques y pasajeros procedentes de California. En una semana habían entrado en el puerto de Nueva-York dos de los primeros con cerca de 500 personas y oro en polvo por valor de dos millones de duros.

Por lo que respecta al laboreo de las minas, las noticias son bastante favorables. En el rio *Plumas* los mineros habían realizado considerables fortunas en muy poco tiempo, debido á la abundancia mineral de algunos puntos. Refiere un tal Dr. Smith que en el *placer* de Coyota, á poca distancia de aquel rio, unos pocos gambusinos habían estraído en menos de dos días de trabajo mas de 23,000 pesos del metal precioso. Otra partida de mineros que se ocupaban en el laboreo de un *placer* no distante del que acabamos de mencionar, be-

neficiaba semanalmente la suma de 13,000 pesos. Las minas del rio *Juba* eran no menos productivas para algunas compañías, y sumamente ingratas para otras, hasta el punto de obligarlas á buscar vetas en otras direcciones despues de haber gastado inútilmente mas de 100,000 pesos en desviar el cauce del rio. Esto confirma lo que siempre hemos dicho, á saber, que el hecho de ir á California no garantiza á todos un buen éxito.

En las minas septentrionales el producto diario de cada trabajador se estimaba en media onza de mineral, y los que trabajaban á salario por cuenta de otros obtenían por su trabajo de seis á ocho pesos. En aquella direccion se habían descubierto nuevos criaderos en terrenos secos, que prometían abundante cosecha á los trabajadores.

A pesar de tanta prosperidad material, la situación moral era muy deplorable. Los robos, asesinatos é incendios eran frecuentes. Otra prueba mas de las anomalías que ofrece aquel pais y que deben tener presentes los que van á California con la esperanza de hacer rápidamente fortuna son las grandes oscilaciones que experimenta el comercio. Varias casas de las mas antiguas y acreditadas habían quebrado, causando gran perturbacion en las relaciones mercantiles.

Escenas de Viajes por España, Francia é Italia.

CAPÍTULO. II

RECUERDOS DE CADIZ.

Visitas.

En aquel momento divisé á lo lejos el resplandor de un fanal.—¿Qué resplandor es ese? Pregunté al marinero que velaba. La farola de Cadiz, me dijo. El nombre de Cadiz me conmovió trayéndome á la memoria los gratos recuerdos que debía á mi morada en aquella preciosa isla, á donde había ido en el año anterior menos para verla que para estudiarla, porque realmente es un pueblo digno de un estudio particular.

Es de advertir que una hermana mia había estado meses antes, y que durante su permanencia contrajo amistad íntima con las hijas de Don Jacobo Bogarin, antiguo administrador de Correos de aquella Ciudad, para cuya familia me dió carta de recomendacion.

Al siguiente día de haber llegado fui á presentarla: subo al piso segundo del número que espresaba el sobre, llamo y á poco asoma una vieja que no entendiendo mi pregunta me hizo pasar adelante, mientras que marchaba á dar recado á sus amos. Yo esperaba en la sala de pié y mirando á la puerta del gabinete con la ansiedad que sentimos cuando aguardamos á una persona que no nos es indiferente sin conocerla, cuando he aquí que aparece una señorita joven y de una presencia sumamente agradable.

—¡Bueno! Dije yo para mí: esto se presenta á las mil maravillas. Pasados los primeros cumplidos, me rogó que tomara asiento, lo cual hice yo sin vacilar porque había notado que en sus maneras, tan civiles y delicadas por otra parte, había esa espresion cordial y desembarazada, efecto de la verdadera cultura. La civilizacion es lo que mas se aproxima al estado natural, así como el oriente es lo que mas se asemeja al ocaso: ambos nos presentan el estado medio de luz y sombra que se llama crepúsculo.

Yo respiré con toda la fuerza de mis pulmones y en los instantes de pausa que siguieron, miré á mi amable isleña con el aire de triunfo que nos da el convencimiento de que vamos á invocar un nombre querido. ¿No hace usted memoria, la dije, de...? y pronuncié el nombre y apellido de mi hermana. Aquella señorita permaneció mucho tiempo absorta como para reconciliar sus recuerdos, y concluyó con un movimiento negativo. Yo me decía: pues seguramente puede mi hermana hacer alarde de la amistad de personas que la olvidan absolutamente á los pocos meses de separacion.

Pero, señorita, continué: ¿no conoce usted ese nombre? ¿No lo ha oído usted nunca? ¿No lo ha pronunciado nunca?

—Nunca, contestó, ó al menos mi memoria es tan frágil que no conserva la menor especie.

—¿Ni se acuerda usted tampoco, añadí, de la señorita Ballesteros, que acompañaba á esa otra persona de que he hablado?

—Tampoco, caballero. Aseguro á V. que son nombres que no había oído hasta ahora. Yo repliqué. Sin duda es una fatuidad... Mi competidora me miró.

—Una fatuidad mia, señorita: es un empeño fatuo pretender que V. conozca lo que realmente no conoce; pero permítame V. que inculque sobre el particular, porque á mí me habían dicho que las dos señoras que he nombrado eran íntimas amigas...

—¿Mias? Preguntó comprendiendo mi ademan. Perdone usted tengo muy presente el nombre de mis amigas, sobre todo el de mis amigas íntimas y...

—¡Basta! repuse yo; si bien deseo que V. oiga mis esplicaciones á fin de que no me tenga en el concepto de uno de esos ociosos que acostumbran á pasar el rato á costa de la buena sociedad de personas tan amables como V... La señorita se sonrió con cierto embarazo, y miró hácia la puerta del gabinete.

Yo me apercebí de su mirada, y me sonrojé un tanto: ella se apercebí de que yo me había apercebido, y se sonrojó mas, y era cosa de vernos á los dos avergonzados el uno del otro, sin poderlos tachar de haber faltado á las reglas del decoro mas susceptible. Yo pensaba ¿tendrá miedo? pero mi continente es demasiado respetuoso para que pueda amedrentarla. ¿La observará desde el gabinete un padre escesivamente rígido, ó un amante celoso?

—Perdóneme V., señorita, dije en voz baja: tal vez he sido imprudente....

—No, exclamó con viveza: V. no puede comprender la significacion de mi mirada, ni yo sé si debo entrar en esplicaciones....

—De ninguna manera, interrumpí: yo no lo exijo: no debo, no puedo, y aunque pudiera, me contentaría con respetarlas, porque hay secretos que son, por decirlo así, otros

tantos legados de familia, y nadie tiene derecho para usurpar la herencia de los demás. Esté V. segura de que ya estaría en la calle, añadí con voz que pudiera oírse en el gabinete, no sin escitar una sonrisa, de gratitud acaso, en mi compañera de sala, que comprendió sin duda mi intento; esté V. segura de que ya estaría yo en la calle, á no ser el deseo que tengo de darla una satisfaccion, en que está interesado mi amor propio. La persona de quien he hablado es una hermana mia que vino á Cádiz hace algunos meses; me dijo que había contraído amistad íntima con unas señoritas que viven en este número, para quienes me dió una carta, y esta es la circunstancia que motiva mi presencia aquí. Tenga V. la bondad de verla, añadí presentándosela.

La señorita la cogió para ver el sobre: entretanto yo la decía sonriendo: ahora tengo que escribir á mi hermana otra carta concebida en términos semejantes. Querida mia: te ruego de todas veras que otra vez no me recomiendes á personas que te conocen como yo conozco al emperador de Marruecos... Y en esto mi interlocutora prorumpió en una carcajada á medio tono.

—¡Su hermana de V. dice bien!

—¿Cómo!

—Si señor, le recomienda á las señoritas de Bogarin, que en efecto viven en esta casa, aunque no en el piso segundo que es este....

—Hubiera jurado, contesté, que mi hermana me habló....

—Viven en el principal.

—¡Todo ha sido torpeza mia! exclamé; suplico á V. que me perdone la molestia que indudablemente le he ocasionado con una visita tan fuera de propósito; y recibiendo de la joven cumplidos de no menor calibre, llegué á la puerta de la escalera, hasta donde me acompañó. Yo conocí evidentemente que en aquella demostracion había algo mas que cortesía: convencido de esto, la dije: «si V. me conociera, señorita, sabría que conmigo se puede ser franco sin riesgo.»

—No lo dudo, me contestó, y no quedaré tranquila hasta que le explique el motivo de mi mirada, porque tal vez la ha interpretado de un modo que dista mucho de la realidad.

—No, señora. Juro á V. que suspenderé absolutamente mi juicio y que pensaré en todo menos en lo que pueda recaer en menoscabo del decoro de su casa. Si mis oficios pueden serla útiles, V. es muy dueña de mandarme como á un hermano; pero permítame V. que respete interioridades que acaso me harían padecer sin provecho. Y no bien había dicho esto, cuando conocí que una delicadeza escesiva me había hecho dar en el egoísmo. Quise rectificar mi especie, pero una señora se presenta en este instante, y para hacerla lugar tuve que despedirme de la que fué por algunos momentos mi amable patrona, la cual me saludó con un afecto casi de familia.

Inmediatamente se me ocurrió que entre la sociedad gaditana y las otras que yo conocía hasta entonces, había una diferencia muy notable. En otro círculo, me decía bajando la escalera, este lance me hubiera causado indudablemente cierta confusion, mientras que aquí me ha servido de un entretenimiento que envidiaré muchas veces. Y aquella fué quizá la ocasion primera en que comencé á proponerme por máxima de vida que la educacion es la prenda mas recomendable del hombre, como la única que puede suplir á la virtud y al talento.

Sin embargo, el recuerdo de la mirada dejaba en mi corazon un vacío que hubiera querido llenar á cualquier costa, porque hallaba en mi conducta graves cargos que dirigirme. Tenía una especie de remordimiento. Yo he hablado, murmuraba, como el estúpido, ó mas bien como el egoísta, contra mis ideas de moralidad y ahogando el impulso de mi propio sentir. Queriendo ser delicado he ido á dar en lo soez. Acaso la mirada fué efecto de un accidente que nada significa; ¿pero no podría suceder que aquella señorita sufriese? Y yo he debido oírlo, aliviando su suerte de este modo, ya que es un alivio la comunicacion de un secreto. Es verdad que yo padecería dada la combinacion de que no pudiera remediar sus males; ¿pero por ventura el padecer propio debe intimidar cuando nos alhaga la consideracion del bienestar ajeno? El hombre que opina así, viviría mejor en una selva. ¿Qué es la virtud sino una virgen que se glorifica empapando su cendal en las lágrimas del que llora? ¿Acaso no tiene el dolor su santificacion y su recompensa? ¿Siempre hemos de tener los ojos inclinados hácia la tierra como el buey que paca? ¿Nunca hemos de elevar á los cielos una frente libre y desembarazada? Yo debí oírlo; no lo hice, y obré mal: he cometido un verdadero despojo. Semejantes reflexiones me valieron el propósito que hice de ser mas cauto en adelante, y puedo asegurar que no lo olvidé.

Llegado al piso principal, pregunto, entro y hallo en la sala á una señorita joven, cuya impresion me supo á cosa de mayo.

—A los pies de V. ! Y sin contestar á mi saludo, pronunció el apellido de mi familia. Es V. un vivo retrato de su hermana.

—Lo siento, contesté inmediatamente.

—¿Por qué? preguntó mas inmediatamente aun?

—Porque yo había oído decir que mi hermana no era fea del todo; pero si se parece á mí tanto como V. dice, debe serlo necesariamente, debe ser fea; pero de una fealdad de mi bemo!, como dijera un músico.

—Sin duda V. trae ciertos planes.

—¿Planes yo?

—¿Lástima que no nos hallemos en primavera!

—¿En primavera, señorita? ¿Para qué?

—La primavera es la estacion de las flores.

—Pero....

—Pero siéntese V., dijo interrumpiéndome, y hétenos sentados faz á faz, como si fuésemos dos amigos de la infancia. A poco salió á saludarme la hermana menor y luego la mayor, casada ya, y saldrían cien, si de cien se hubiera compuesto aquella apreciable familia.

Sobre el campo me preguntaron con un interés vivísimo por mi hermana, leyóse la carta en voz alta en señal de franqueza, y allí comenzaron esas preguntas sutiles y trascendentales que dirige siempre la muger, como para darse cuenta de los puntos que calza la persona con quien ha de habérselas en adelante.

Confieso que aquella sociedad era sumamente grata para el corazon, pero terrible, muy terrible para la cabeza, por-

que si es cierto que una ninfa de mediana lengua, caso de que sea posible el fenómeno de que entre todas las ninfas haya una sola que tenga una lengua nada mas que mediana, si es cierto que una católica de mediano volumen hasta para embrollar á un cristiano de diez arrobas, claro está que tres me embrollarian tres veces á mí, que aunque cristiano, no soy de tan grueso calibre ni me parece operacion de buen tono el dar que hacer demasiado á los pulmones. De modo que aquellas tres señoritas eran, con relacion á mí, pobre individuo, tres derrotas continuas y pronunciadas.

Nos hallábamnos en el mes de julio. Hecha la primera descarga y explorado el terreno, me rogaron que me quitara el frac, instancia á que yo me resistí en los mejores terminos que pude, y en seguida la menor trae un juego de dados, cuya partida acepté con el mayor gusto, no solo por el placer que me ocasionaba una sociedad tan amena, sino por la coincidencia de que los dados no eran *dadas*, es decir, que eran cosa masculina, que eran lo que yo. Me creí auxiliado por gentes de mi género. Respiré, y lo digo así porque he notado en otras ocasiones que parece que circula un aire que me ataca la respiracion cuando me encuentro solo con mas de un individuo hembra, lo cual debe proceder de que un pantalón es realmente un requisito muy estrecho en medio de personas que visten requisitos tan anchos. Así lo manifesté á mis nuevas amigas, y no tuvieron poco que reír, sin duda por la sencillez de la revelacion.

Aceptado el juego, me aproximé á un velador con las dos no casadas, en tanto que la que lo era se fué á cuidar de sus niñas, y tales fueron las ocurrencias de mis dos amables contendientes de dados, de tal modo sembraron sus conversaciones de chistes oportunos, que el venturoso juego no tenia traza de cansarme ni á tres tirones, como suele decirse. Yo creía que eran las ocho. El sereno cantó en aquel instante las once. ¡Las once de la noche! exclamé levantándome verdaderamente sorprendido. ¡Las once! y he venido antes de las cuatro.... ¡Siete horas! ¡Y en la primera visita! Esto es una profanacion; VV. dirán que soy un pelma, y dirán muy bien. A estas exclamaciones salió la hermana casada. Pues si con el trato, continué, crece el afecto, y con el afecto el deseo de disfrutar de su compañía, y con el deseo la debilidad de ceder á él, no será necesario que pase mucho tiempo para que en cada visita emplee las veinte y cuatro horas del día y la noche. ¡Oh alma de cántaro! ¡Pues no ha venido á VV. mala epidemia!.... Y cogí el sombrero.

—No tal, dijo la mayor. Ni nos ha venido semejante epidemia, ni nosotras decimos....

—Al contrario, añadió la segunda; así por su trato como por la amistad de su hermana, á quien tenemos en grande estima, V. es muy dueño....

—Si señor, adicionó la tercera: muy dueño de venir á la hora que guste, como guste y....—Esto dicho así no tiene nada de particular, pero escusado es que yo advierta que no fué así como lo digeron, sino como lo dicen los héroes de sayas. Dos hablaron á duo, tres á trino, y siempre en coro. Su acento no es acento, es un murmullo. Su conversacion no es lo que suena, sino un ária general, caso de que se conozcan árias generales. Yo creo que las mugeres se odian de muerte, porque cada cual se disputa el ser la reina de la palabra, y que al mismo tiempo se quieren con idolatría porque juntas concurren á formar ese embrión de voces, pasto dulcísimo para sus oídos, confusion que á ellas les sabe á música celeste. El orador no está satisfecho sino cuando arenga; el guerrero no se dá el parabien sino cuando triunfa; la muger no se entona á sí misma un *Te Deum* sino cuando habla. ¡Sacratísimo Jesus mio! exclamaba yo; ¡oh facundia! ¡oh Providencia!

Impertinente fuera advertir que agradecía con toda mi alma los agasajos de que me hacian objeto unas señoritas, á cuyo trato soy deudor de memorias tan gratas: admiré su cultura, me encantaron sus chistes; pero hablando francamente, deseaba que para bien de mi cerebro hablase la una despues de la otra.

Desvanecida aquella salva, la primera corrió algunas teclas: la segunda por no ser menos corrió otras tantas: otro tanto hizo la última por no ser menos que las anteriores, de modo que puede decirse que corrieron toda la escala de las ofertas mas amistosas. En cuanto á mí, parando el golpe á esta, dando dulcemente un mandoble á la otra, y disparando una flecha á la de mas allá, porque en efecto parecia cosa de batalla el responder á aquella agresion de cumplidos, haciendo y diciendo di con mi prógimo en los umbrales de la puerta. Pero ¿es posible que sean las once? ¡Felices las personas que poseen el secreto de hacer que el tiempo transcurra con tanta rapidez! Dije, y lo decía de veras. Ellas me regalaron una tierna sonrisa en coro, y me saludaron como se sonrieron, y yo bajé la escalera refocilado y saboreando la dulce y fraternal expresion del triple saludo.

Llego á la puerta de la calle: estaba cerrada. ¡Miserio de mí! Hasta allí todo habia sido flores: ahora empezaban los abrojos. ¿Qué hacer? Si subo, murmuré, voy á causar tal vez molestia, y eso es precisamente lo contrario de lo que yo deseo. Lo mejor será que espere á que llame algun vecino del cuarto segundo, ó el padre de mis amigas; aunque si viene el padre, me objete luego, bajará la criada, me hallará aquí, se hará cruces, su amo vendrá en conocimiento de quien soy.... y ¿será prudente el darme á conocer á ese caballero en el portal de su casa despues de las once de la noche? De ninguna manera: esa familia diria que soy un tonto, un fá-tuo, y tendria muchísima razon. Pero á pesar de esta conclusion con que yo me apremiaba, la idea de incomodar me escocia extraordinariamente; y dando ya en el no, ya en el sí, mientras que sudaba de pura congoja, se pasaron algunos minutos, que á mí me parecieron algo mas que minutos muy largos. Me llego á la puerta, forcejeo, en valde: estaba cerrada, pero cerrada con un magnífico pasador de hierro. Y á proporcion que el tiempo transcurría, me confirmaba en la inoportunidad de subir, y mayor era la probabilidad de causar molestia. ¡Estarán cenando! me decía; si hubiese avisado luego, la aventura tenia una explicacion sumamente sencilla; pero ¡ahora! ¡despues de diez minutos de peregrinacion de portal!

Y cuanto mas tiempo pase, mas deben arredrarme los motivos que me arredran ahora, y esto va á ser una lástima. ¡Voto á diez mil escuadrones de cosacos! digo en fin dándome á correr por la escalera; ¡vive Dios que tengo aprensio-

nes de niño! Subo, me abre la criada y deja escapar un ¡ay! al cual acudió la hermana casada. Imposible fuera pintar la sorpresa significada por el gesto que hizo, tanto mas, cuanto que mi fisonomía revelaba lo que habia sufrido y sufría aun.

—¿Qué es esto? ¿Le ha sucedido á V. alguna desgracia?
—Sí señora.
—¿Sí? ¿cual?
—La de que la puerta tiene corrido un pasador de hierro.
—Pero ¿qué se ha hecho V. hasta ahora?
—Esperaba que llamase algun.... No me dejó concluir.
—Permítame V. que le diga que eso es una....

—Sí señora, respondí yo interrumpiéndola á mi vez: permítame á V. que diga lo primero que le venga al magin: eso es una cosa mia, una sandez; eso es que tengo necesidad de mucho mundo, de muchísimo rozarme con las gentes, porque me asaltan aprensiones singulares. Francamente, señora, añadí mudando de tono: creí incomodar....

—Usted se ha figurado sin duda que con semejante temor no nos ofende, pero sepa V. que ha padecido equivocacion, y que nos ha hecho una injusticia creyendo que nuestras leales ofertas no son otra cosa que un mero ceremonial de estado.... Aquí llegaba mi interlocutora cuando apareció la menor, que representó al vivo la segunda parte del aspaviento de la primera, y en seguida acudió la de enmedio, y sucedió lo propio; de modo que el aspaviento único fué adquiriendo cuerpo hasta convertirse en aspaviento *trino*. Y de aquí fué el inventarme una frase de que uso hoy, y de que usaré probablemente toda mi vida, si bien con la reserva de considerarla como género de mi comercio privado, puesto que nadie tiene obligacion de entender ni aceptar locuciones mias. Desde entonces hago uso de la palabra *trinidad* para significar que un objeto se halla en toda su plenitud, en su expresion máxima. Para decir, por ejemplo, que una jóven es sumamente bella, digo que es una trinidad de belleza: para manifestar que uno es muy estúpido, digo que es una trinidad de estupidez; otro muy gordo, es una trinidad de gordura, y así sucesivamente.

Luego que las hermanas se hallaron reunidas gritaron al mismo tiempo á la criada, que acabó de aturdirse con el llamamiento múltiple, y empezaron á hacerla responsable del olvido de la puerta, ó adoptando mi locucion, y en ninguna ocasion con mas oportunidad que hablando de las personas que me la sugirieron, y á quienes en cierto modo pertenece, adoptando mi frase, digo, empezaron á echar sobre la triste criada una trinidad de palabras amargas, que se llaman impropiedades.

—Alto aquí señoritas, dije yo: permítanme VV. que advierta que no es obrar con acierto el querer que la criada, que no me conoce y que ha estado ocupada en cosas que no son yo, haya de mostrar mas interés por mí que VV. mismas, que no solo me conocen, sino que han tenido la paciencia de consagrarse desde las cuatro de la tarde hasta las once de la noche. ¡Basta! Los cargos que VV. dirijan á la criada los reputaré como reprensiones de que yo soy objeto por las molestias que he ocasionado. ¡Basta! dije sonriéndome y bajando el primer tramo de la escalera.

—¡Basta! contestaron.
—¡Adios!
—¡Adios! Pero ¡válgame mil veces el paciente Job! añadí deteniéndome con el fin de verlas azoradas. No perdonaré á VV. ni á la hora de mi muerte el rato que me han hecho pasar. Sepan VV. que hasta he sudado de pura angustia; pero ¡sudor frío!

—¡Ay! tal fué la respuesta; mas el lector no sentirá todo el efecto porque no vé escrito mas que un ¡ay! en vez de los tres que hirieron mis oídos. Fué un ¡ay! triplicado: un ¡ay! en tres partes, dos letras pronunciadas por tres voces dulces y sonoras, una sílaba mezclada á la emociion de tres corazones mucho mas dulces si no tan sonoros.... ¿y qué mas? En fin, no fué un ¡ay! ni dos tampoco, fué una trinidad de ayes. A su contestacion compuesta respondí yo con una carcajada simple, que mis tres amiguitas saludaron con otra de tres be-moles, (á hemol cada una) y así terminó la escena, que podrá ser muy mala, pero que tiene derecho á que se la tolere por el chiste de concluir de un modo alegre.

La pobre criada se paró en el primer tramo para que yo pasara, honor con que quiso significarme acaso que se hallaba completamente satisfecha de mí. Llegados á la puerta y corrido el dichoso pasador que yo miré con ojos de basilisco, me deseó la buena noche con la afabilidad que damos al saludo del hombre que ha merecido nuestra gratitud.

Una vez en la calle, me alcé el sombrero para que mi frente se refrescase al suavísimo soplo de la suavísima brisa de la noche, como digera un culto, y exclamé para mí: Pues señor, no hay que darle vueltas. En todas partes del mundo, guardada la proporcion de esfera, la muger es un ente locuaz, ó para que todos nos entendamos, hablador, sutil, delicado, volátil, que se evapora en sus aprensiones y antojos del momento, y que se reproduce siempre en la sensacion última; pues la muger de la antigua Gades, es por excelencia la encarnacion viva, viva y patente de la palabra con todos sus chistes y sales. Es la misma palabra salada y chistosa reducida á un mediano volumen racional contenido en una cosa ancha y hueca que se llama enaguas. Hablar con gracia; pero hablar y muger son términos idénticos.

Creo que los tontos son en todo el mundo detestables en la opinion de la muger: en Cádiz se reputan como una verdadera pesadilla. No hay medio de transaccion. En ninguna otra sociedad tiene el jóven tanto motivo de decir con toda la efusion de su alma: «¡oh! ¡quien tuviera el génio que agitó la cabeza de un Quevedo ó de un Voltaire! En efecto, las conversaciones, amorosas sobre todo, en los buenos círculos de la sociedad gaditana, tienen algo de prismático, si puedo decirlo así: participan de cierta ilusion óptica, hay allí visos de fantasmagoría. Y si á todo esto junta su prestigio la mirada de unos ojos negros meridionales, ¡Dios nos asista! entonces parece que se ven luces, y hasta sombras cui tescas.

Pensando en esto, llegué á la puerta de la casa en que me hospedaba, la misma en que habia hospedado mi hermana, y en que me sucedió aquella noche un lance rarísimo, que quisiera contar ahora, pero que no lo hago porque no puedo con el hígado, si es permitido hablar así entre cristianos. Quede, pues, de repuesto para el artículo siguiente.

EL PEREGRINO.

VIAGE A LA CASA DEL DIABLO.

I.

MONTREAL.

Ningun viagero de los que han pisado el territorio del Canadá, ó por mejor decir, de toda la América Septentrional, habrá dejado de oír hablar de las célebres cataratas del Niágara, cuya descripcion han hecho tantos famosos escritores, y que tantos millares de hombres han visitado con admiracion.

Hallábamnos en la suntuosa Tres-Rios, (1) en la duda de si emprenderíamos este viage, cuando la descripcion que nos hicieron unos amigos del espectáculo que presenta la catarata nos obligó á embarcarnos para Montreal con intencion de visitarla. Salimos pues de Tres-Rios, y despues de algun tiempo de navegacion por el Rio San Lorenzo, que une ambas ciudades, divisamos las primeras casas de la que era por entonces el término de nuestro viage.

Montreal está situada á una media legua de la orilla meridional del rio, en una isla que forma el San Lorenzo de 10 leguas de larga y 4 de ancha, y cerca del célebre monte que la dá su nombre.

Mucho habíamos oido hablar de esta ciudad desde nuestra estancia en el Canadá, de modo que el concepto que formamos de ella á causa de las exageradas descripciones que nos habian hecho desapareció en breve, bien porque la fantasía dá á los objetos un colorido que en sí no tienen, ó bien porque real y verdaderamente no lo mereciese.

Cuando los franceses poseian el Canadá, la isla y ciudad de Montreal eran de algunos particulares que á costa de su trabajo y de grandes capitales que invertieron en ella, llegaron á convertirla en un pais delicioso que producía casi todos los objetos de primera necesidad.

Esta ciudad, casi tan grande como la de Quebec (2) forma un cuadrilongo dividido en calles angostas, de las cuales las tres principales se hallan paralelas al rio, y cortadas en ángulos rectos por otras varias, aunque sin la mas mínima regularidad. Los edificios que encierra son numerosos, pero exceptuando un corto número de moderna construccion, reina en ellos un espíritu de mal gusto que forma raro contraste con aquellos, y que hace mas visible por decirlo así en estraña arquitectuar.

Los muchos incendios de que son víctimas los habitantes de Montreal, les ha hecho adquirir la costumbre de cubrir sus casas con hojas de lata, costumbre que nos llamó la atencion hasta que supimos su objeto.

Tres dias pasamos en esta poblacion, fortificada al presente por los ingleses, y al cabo de los cuales partimos en direccion al lago Ontario, disgustados del principio de nuestro viage por el triste y sucio aspecto de Montreal, y casi pesados de nuestra expedicion.

II.

EL LAGO ONTARIO.

El lago Ontario se halla situado entre los 43 y 45 grados de latitud Norte, y entre el 1.º y el 5.º de longitud Oeste de Filadelfia.

Nada mas suntuoso que aquella sábana de agua que tiene 72 leguas de Oriente á Occidente, 200 de circuito y 24 de anchura por algunos sitios. El lago Ontario recibe sus aguas por el Sur, del rio Genessee; por el Sur-oeste, del Onondago, Oswego y Séneca, y vá á descargar por el rio Cataraquí, (que en Montreal toma el nombre de San Lorenzo,) en el Océano Atlántico.

El lago Ontario cuya profundidad es tan grande que en algunos parages no se encuentra fondo con la sonda, y que contiene 2.390,600 acres de agua, está menos espuesto que los demás lagos que á él se hallan inmediatos, á los golpes de agua y á las tempestades. Sus aguas son dulces, claras y transparentes, y se elevan y descienden alternativamente, despues de un periodo de siete años.

Para el de 1795 estaba anunciada la elevacion, y ha sido la mas notable que se ha observado hasta nuestros dias, pues se llenó el lago de tal modo que hubo algunas inundaciones en los establecimientos vecinos, y el agua subió á una altura mayor que en los diversos periodos anteriores. Tambien sostiene algunos que ademas de estas elevaciones, se halla sujeto el lago Ontario á otro flujo que sucede en las veinte y cuatro horas del dia; pero generalmente se duda de estos hechos, pues esta especie de flujo y reflujo que de ninguna manera puede ser periódico, se explica facilmente por algunas observaciones posteriores.

Infútil creemos decir, si al ver aquella inmensa estension de agua, cuya tranquila superficie se asemeja á la luna de un espejo, nos hizo agradable nuestro viage, y borró de nuestra mente la imagen de la sombría Montreal, animándonos mas y más, á seguir nuestra comenzada expedicion.

III.

CATARATA NIAGARA.

En vano intentaríamos dar una ligera idea del magnífico espectáculo que presenta esta catarata, célebre ya en el mundo entero. Nuestra pluma no puede trazar palabras propias para hacer comprender esta maravilla, que el mismo Chateaubriand no creyó indigna de su pluma; y arrojó fuera de nuestra parte tratar largamente de un objeto, á el cual el gran genio del poeta francés ha creído deber dedicar algunas líneas. Sin embargo, nuestra cualidad de viageros nos impone la obligacion de hacer una ligera reseña de este punto, que es quizá el mas importante de nuestra expedicion.

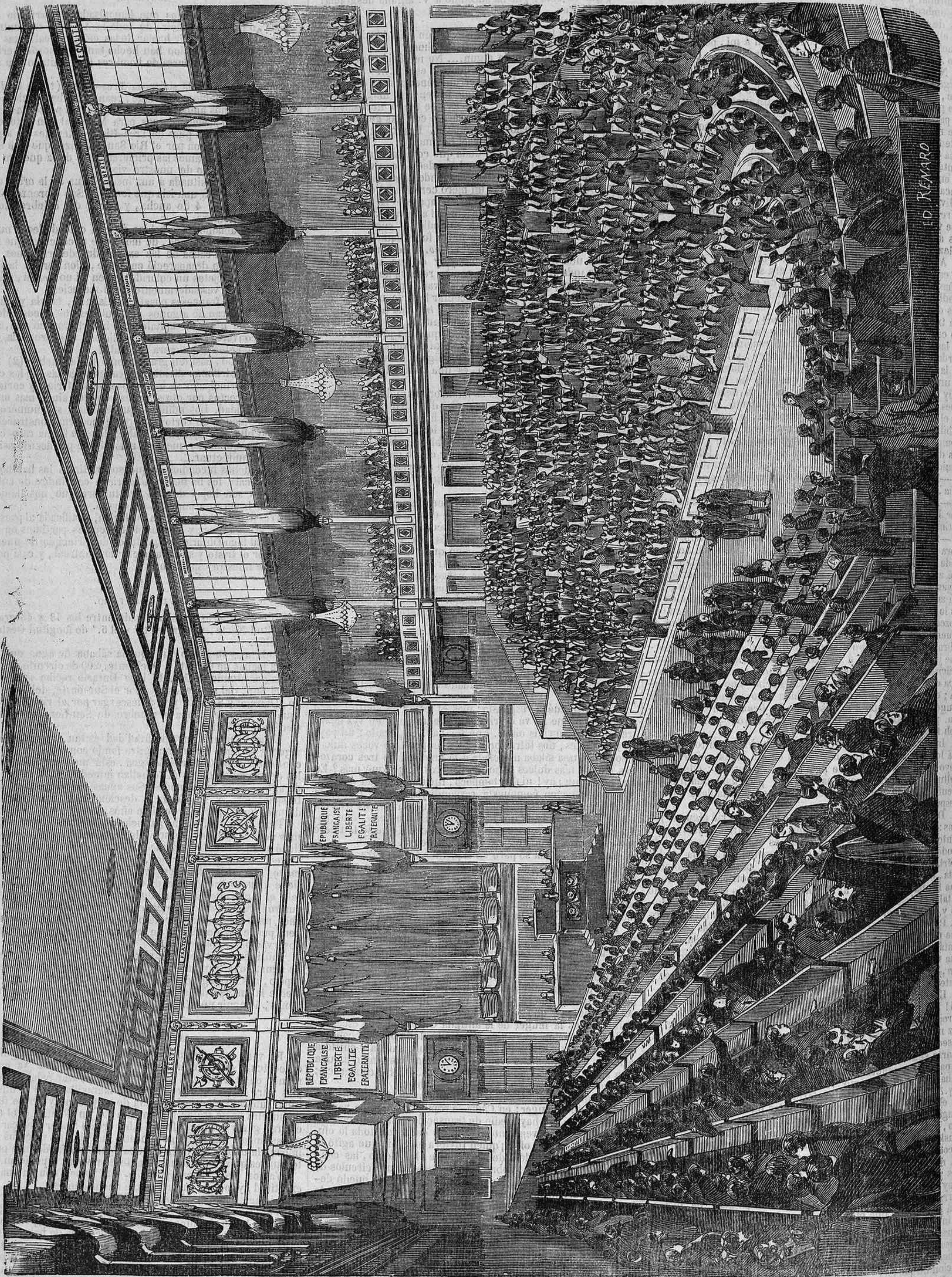
Vamos pues, á cumplir con este deber con la mayor exactitud, y lo mas sucintamente que podamos.

Las aguas del caudaloso rio Niágara son las que surten estas cascadas, despues de haber andado mas de 650 leguas sobre un lecho de inmensas peñas. Suntuoso es por cierto ver el curso veloz de las aguas que despues de haber caminado largo tiempo, se precipitan con imponente magestad y un ruido que se percibe muchas leguas antes de llegar al precipicio, cuya profundidad casi no se atreve á apreciar nuestra vista.

ANTONIO DE KEYSER.—(Continuará.)

(1) Ciudad situada al Sud-oeste de Quebec sobre el Rio de San Lorenzo.

(2) Capital del Canadá.



ED. REMARD

Vista interior de la Asamblea Nacional francesa.

DE LA AMISTAD.

ARTICULO DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

El que en un dia está menesteroso y retirado, pasa desapercibido entre muchos de sus amigos, que fingen no conocerle: mas saben que se ha casado con una jóven muy opulenta, ó que fué agraciado con una colocacion cualquiera de influencia; la decoracion cambia de repente—Sea enhorabuena, amigo mio.—¡Querido! ¡cuánto deseaba ver á V. ! ¡hace mucho tiempo que V. se escasea!

Ya sabe V. que se le quiere. Luego empiezan los apartes, y coloquios.—¡Qué talento tan precoz! ¡qué erudicion tan vasta!—que finura y que trato tan afable! ¡Qué prodigio!!... Dos dias antes era un sándio, un pobre diablo, un majadero á quien no saludaban los mismos que despues le adulan. Hay amigos que hablan en la calle cuando van mal vestidos ó solos, y no lo hacen yendo de etiqueta ó acompañados, sobre todosi la compañía es de alguna importancia. Los hay que saludan cuando uno va al lado de un sujeto de

con solo ser amigos de aquellos á quienes se tributan incienso y adoraciones, siquiera sea con justicia y sin caridad. Por eso cuando un instrumentista, profesor acreditado de un instrumento, da un concierto y se luce con sus brillantes cualidades, al concluir, todos se le aproximan; todos quieren demostrar que son mas ó menos conocidos ó amigos de aquellos que se atraen las miradas y la atencion de un inmenso auditorio. Lo propio tiene lugar con un orador famoso, con un autor dramático que es llamado á las tablas, por mas que este honor vaya haciéndose rutinario, y diste muchísimo de significar lo que en tiempo de Voltaire, con una bailarina, actor escénico, torero; ó en fin con cualquier notabilidad de tal ó cual género.

Por eso los hombres vanidosos que tanto abundan, si bien la vanidad es la pasion dominante de las almas pequeñas, á diferencia del verdadero orgullo que lo es de las almas elevadas, lo que quiere decir que es mucho mayor el número de las primeras: los hombres vanos ó vanidosos, pues se perecen por hacer alarde, donde quiera que se encuentren, de la amistad y estrechas relaciones que mantienen con se-lebridades reconocidas. Como ellos son unos entes nulos, se presumen ganar prestigio y reputacion cobijándose en cierto modo, á la sombra de los personajes, de quienes se dicen parientes, condiscipulos ó compañeros ó compaisanos. Este es uno de los rasgos ridiculos de la vanidad; es el grajo que

y ninguno quiere saludar primero y atraviesan ambos sin pestañear como si fuesen autómatas.

No obstante todos se llaman amigos. Es claro; los hombres tienen todos el predicamento de racionales; y á pesar de esto hay hombres—alcornoques, hombres—naranjos, hombres—zánganos, hombres—momias, etc. etc.: de cuyas clasificaciones no habla Buffon al tratar de los animales, por que este naturalista no vivió en la sociedad contemporánea, que si viviese, no le faltaria en que divertirse con estos asuntos y otros semejantes. Generalmente gozan el nombre de amigos, aunque bajo varios aspectos, ó en realidad no lo sean. Asi también, puede haber un Oidor que oiga, que sea sordo, sin embargo es Oidor; un corredor de comercio puede ser cojo, y no estar en disposicion de correr, sin embargo es corredor: un vista de aduanas puede ser corto de ella, y sin embargo consta que la tiene espedita y verá lo que parezca. La amistad, como las demas aficiones tiernas y delicadas, se resienten de la época actual, que todo lo barniza con un refinado egoismo. Largarmente se ha discurrido acerca de, cual es mas conveniente y mas constante; si la amistad entre hombres, ó si entre un hombre y una mujer, siendo éste grande talento y no traspasando nunca los límites de este afecto; no se ha discurrido tanto acerca de la amistad de dos mujeres, porque es una empresa mas árdua que conciliar los diversos partidos políticos en que felizmente esta



Escena final de la ópera del Sr. Arrieta, La Conquista de Granada, estrenada en el teatro de Palacio.

categoria, y no lo hacen si uno va solo. Algunos hay tambien que siempre se hacen de nuevo, ó aparentan ser cortos de vista, ó no tener memoria, y se estrañan y aspavientan á cada paso.—¿Dónde ha estado V.? ¡Está V. muy desfigurado!—No recuerdo á punto fijo en que sitio he visto á V.—Sucede así mismo que los que eran amigos en un pueblo, dejan de serlo en otro, trascurido un período de tiempo; lo cual acontece con frecuencia en la Corte respecto de las provincias. Viene aquí D. Fulano; se despide de otros; prometen verse y acompañarse en la Corte: se llegan á ver, si no se convienen mutuamente en ser desconocidos: acaso los saludos de costumbre, entre los que suele intercambiarse un—¿conque ha venido V.? Como si no le tuviese delante.—¿En que calle vive V.—En la de....—Bien, bien; ya nos veremos mas despacio; tendré sumo gusto en visitar á V. No bien se separaron, ni el uno se acuerda mas de las señas de la casa del otro, ni el otro de las del uno. La promesa de visitar á un recién llegado á Madrid, es como las que muchos dan para casarse; se espresan con facilidad y de fórmula, se ejecutan con mucho trabajo, ó acaso nunca se llegan á cabo. Sin embargo el primero dice muy satisfecho ¡oh! yo tengo amigos en la Corte» y dice el segundo ¡oh! yo tengo amigos en todas las provincias.

La flaqueza y la miseria humanas llegan á tal punto y son de tal naturaleza, que nos parece que el mérito y la gloria de los demas, recae en alguna parte sobre nosotros mismos

pretende vestirse con las plumas del pavo real; es la rana que se hincha como el buey y revienta á lo mejor; es como quien se atavia con un traje estafado y le desnudan cuando va erguido y satisfecho.

Ademas se conoce una especie de amigos, que yo llamaria, puramente de calle: se hablan en el paseo, en la iglesia en la plaza; pero aunque uno esté enfermo ó se muera, no va á verle: esta amistad no es de puertas adentro, sino de puertas á fuera. Estos inmitan á los perros; si por casualidad se encuentran en la acera ó en el arroyo, se dan la mano, ceremonia sine qua non; se rien y bromean; los perros hacen algo parecido; se saludan á su manera, ladra un rato, se dan una dentellada y sigue cada uno su camino; con la diferencia, que los perros solo se muerden hallándose presentes; y los amigos, á quienes aludo y aun todos los demas, se muerden en ausencia y á largas distancias, pues en materia de hincar el diente nadie les escude. Por lo demas, cada muchuelo á su olivo, y bien se está San Pedro en Roma. Estos amigos nos acompañarán en vida si los convidamos al café; pero el que se muera, no será acompañado por ellos al cementerio, por mas convites que se le dirijan.

Por la inversa, existe una raza de amigos que lo son únicamente de casa ó de sociedad; amigos en el baile, en el concierto, en el sarao. Saliendo de allí ya no se conocen; al dia siguiente se codean en la puerta del Sol, y ni siquiera se miran, aunque se vean; ó sino, fijan los ojos de hito en hito

dividida la España. La Bruyere, Larrochefoucault, Alibery y otros muchos han esplanado sus ideas con referencia á este particular. Por hoy bastante he nos dicho, pues que un artículo de costumbres debe ser á manera de dosis homeopática; y aun así trabajo hay para que guste al público, que busca ordinariamente en la lectura la variedad, como si fuese una niña de quince años.

ANTOLIN ESPERON.

La Conquista de Granada.

Debemos á la condescendencia del Sr. Mendez, autor de los magníficos figurines que han servido para hacer en Paris los trages de la ópera del Sr. Arrieta, representada en el teatro de Palacio, el dibujo de la escena final que publicamos hoy, copiada del precioso apunte que hizo aquel distinguido artista, para que á él se arreglara el último cuadro de la ópera. Es tal la belleza de esta escena, y la espresion armoniosa de todas las figuras que en ella aparecen, que creemos inútil hacer notar su mérito. Nuestros lectores comprenderán el efecto que debe producir este cuadro, con las decoraciones y trages que se usan para la representacion de La Conquista de Granada en el teatro de Palacio.

REVISTA DE MADRID.

A MONSIEUR EUGENIO GUINOT.

La semana anterior se lo decía yo á uno de nuestros mas dignos colegas de Barcelona, al señor Balaguer:—feliz V., mil veces feliz V., Mr. Guinot, que en esa Babilonia moderna, en esa capital de la Europa civilizada, escribe fácil, tranquila y gloriosamente sus amenísimas *Revistas*, esperadas todos los domingos como un acontecimiento, y leídas, ó mejor dicho, devoradas por un círculo tan numeroso como inteligente,—el de sus infinitos apasionados,—que dejaron la suscripción al *Siglo* cuando V. abandonó á ese periódico, y que le siguieron fiel y religiosamente á *El orden*, el cual (entre paréntesis sea dicho) no debe poca de su popularidad á la útil colaboración de V.

En esta época en que vivimos—y mas especialmente en esa pobre república francesa, donde VV. tienen la incomparable fortuna de vivir—el título de príncipe *ad honorem* es cosa que se prodiga casi tanto como las cruces y las fajas. Así, Victor Hugo es príncipe de la poesía lírica; Alejandro Dumas de la novela; Julio Janin de la crítica; Rubini de los tenores; Liszt de los pianistas, y V., amigo mio, puede llamarse tambien con justo motivo príncipe de los cronistas parisienses. Nadie le disputa, nadie le niega á V. el cetro que empuña con mano segura y firme; muchos le imitan, pero ninguno le aventaja; todos le envidian, pero todos le respetan. ¡Feliz—vuelvo á repetirlo—mil veces feliz V., monsieur Guinot!

Ahí es rica y abundante la mina que V. explota con tanto ingenio y travesura; ahí para sus artículos solo le afligirá á V. *l'embarras du choix*; ahí en fin, no tropezará V. á cada paso con la susceptibilidad de este, con el amor propio de aquel, con la malevolencia del de mas allá.—Por aquí sucede todo lo contrario: los asuntos escasean, el escritor ha de andar sobre un pie como las grullas para no herir ni ofender sin propósito, y aun así todo el mundo se cree retratado y aludido.—¡Cuántos y cuántos enemigos me han acarreado mis inofensivas *Revistas de Madrid*, Mr. Guinot!—La coqueta de quien hablé quizás en abstracto, halla cincuenta odiosas aplicaciones; el escritor al que quise elogiar, considera que le he elogiado poco; el artista que pinta un cuadro me guarda rencor porque no lo describo minuciosamente; á la anécdota mas sencilla los ociosos ó los mal intencionados le prestan hiel y veneno. Y despues vienen las quejas, y lo que es peor las venganzas; sí, las venganzas; y por sí V. duda de la exactitud de lo que le digo, le referiré aquí ligeramente y de pasada un hecho reciente é histórico,—de que yo mismo he sido la víctima.

Acababa de estrenarse una comedia mia en uno de los teatros de nuestra capital, y casi todos los periódicos la habian juzgado con blandura y benevolencia, cuando llaméme la atención un artículo de cierto diario, que por su duro tono formaba grande contraste con los de los demas. Era su autor un jóven de talento y de porvenir, al cual habia demostrado yo aprecio y simpatías, y por lo tanto me sorprendió infinito su inesperado exabrupto. Mientras, uno de mis mejores amigos, periodista tambien, llevado del cariño con que me honra, regañaba suavemente al señor ***

—¿Pero por qué has estado tan severo y tan injusto? le decía.

—¿Por qué? repuso el otro; porque ayer nos encontramos en la calle, y él no se dignó saludarme.

Advierta V., Mr. Guinot, que mi cortadad de vista es casi ceguera, y proverbial entre cuantos me conocen.

Bien sé, amigo mio, que tampoco faltan en Francia miserias semejantes; pero no abundan como entre nosotros, porque ahí, si los hombres se respetan menos, los escritores se respetan mas.—Y perdone V. que sin saber cómo ni por qué le haya hablado de mí mismo,—cosa que no suelo, de que no gusto, y que á V. no le interesará nada—en vez de hablarle de la sociedad madrileña, de sus fiestas, de sus placeres—lo que le interesará sin duda mas.

La época de los bailes y de las reuniones comienza en Madrid mucho antes que en París, pero se termina mucho antes tambien. En cuanto concluyen las ferias, en cuanto se inaugura el paseo por la mañana, principian á abrirse uno á uno los principales salones. S. M. la reina es generalmente la que da la señal con su sarao del 4 de octubre, en celebridad de los dias de su augusto esposo. S. M. la reina madre no tarda en imitar este ejemplo; el cual sigue pronto la condesa del Montijo, que tampoco deja nunca de festejar el santo de su bella hija la condesa de Teba; luego, madama Weisweiler, los marqueses de Miraflores, y otros varios personajes establecen una noble rivalidad para ver quien divierte y obsequia mejor á sus amigos. Desde entonces, cada noche de la semana está tomada,—según se dice en el lenguaje franco-español del buen tono;—cada noche hay dos ó tres saraos, y todos concurridos y brillantes.—Esta animación, amigo mio, no pasa del martes de carnaval; no es como en París, que se prolonga durante la austera cuaresma. Mas por fortuna esta llega tarde el año próximo, y hasta el 5 de marzo en que lanzará su terrible *memento*, hay tiempo sobrado para bailar todas las danzas inventadas y por inventar, desde el grave rigodon ó contradanza, hasta la ridícula *scotish*, ó la elegante *varsoviense*.

La señora condesa del Montijo dió, pues, anoche su baile del día de san Eugenio, según costumbre, y según costumbre estuvo brillante y concurridísimo; S. M. la reina Cristina da el primero el domingo próximo, y tambien en celebridad del santo de su escelsa hija; y el 20 lo habrá igualmente en los salones del real alcazar, con el propio fausto motivo.—Ademas, asegúrase que en breve se bailará en las legaciones de Francia y de Inglaterra; y que el baron de Bourgoing y lord Howden hacen grandes preparativos en sus respectivas casas.

Y sin embargo, la gente se ocupa menos de esto que de la apertura del Teatro Real que se acerca á pasos de gigante.—¡Qué curiosidad por oír á la Alboni! ¡Qué afán por conocer á la Frezzolini! ¡Qué interés por averiguar si Gardoni es superior á Salvi y á Moriani en sus buenos tiempos!—Personas hay que sin haber oído á ninguno, se sienten inclinados en favor de tal ó cual artista; y no faltan tampoco quienes hagan votos por el triunfo de uno ó por la derrota de otro;

pero yo digo con el Sr. Romea que todos gustarán, y todos serán aplaudidos,

porque del arte en la esfera pueden brillar muchos soles.

Mientras, la chismografía duerme, las intrigas amorosas se estinguén, y ni un matrimonio, ni un solo matrimonio viene á mantener viva la fé de las doncellas solteras. Cuando pase la apertura del Teatro Real, se volverá á hablar de todo eso; entonces renacerán las pasiones, entonces despertará la chismografía, y acaso, acaso todavía el invierno de 1850 sea tan fecundo en himeneos como el de 1849.

Si V. hubiese estado conmigo la otra noche en el café de la Iberia, Mr. Guinot, ¡cuánto partido hubiera sacado de lo que allí vi! ¡Con qué gracia, con qué novedad lo habria V. referido despues á sus lectores!—Figúrese V. en una de sus mesas mas apartadas del bullicio y del movimiento, á tres jóvenes de opuesta fisonomía; el primero, de unos veinticinco años, alto, fornido, pálido, interesante; el segundo como de veintidos, rubio, colorado y flaco; el tercero de siete ó ocho años mas, blanco, pequeño y vivo; ahora oiga V., amigo mio, la conversacion que entre sí tenían.

—Yo la amo mas que ninguno de vosotros; decía el alto, bebiéndose un vaso de ponche.

—Pero yo soy el preferido; añadía el rubio medio de broma y medio de veras, tomándose con bastante afectación un sorbete.

—Sin embargo, si la suerte fuese justa, á mí me correspondiera, porque ¡yo la adoro!—esclamaba el tercero bebiendo sentimentalmente un vaso de orchata.

—Pues yo no renuncio á ella, dijo el primero.

—¡Ni yo! replicó el 2.º

—¡Pues yo menos! repuso el último.

Debo advertir á V. que se trataba en efecto de cosa que valía la pena; que se trataba de una de las jóvenes mas lindas de Madrid.

—¡Me ocurre una idea! exclamó despues de un momento el que hablaba antes.

—¿Cuál? digeron los otros dos en coro.

—Que decida la suerte: echemos pajas: el que saque la mas larga, llevará adelante sus pretensiones; los dos restantes le dejarán el campo libre.

—¡Aceptado, aceptado! gritaron restantes.

Y como no hubiese pajas allí, uno de los amigos, no diré cual, sacó el sobre de una carta, cortó tres liras desiguales, y ocultando los extremos en la mano, presentó las tres puntas á sus compañeros: el primero sacó la mas corta, el segundo la mas larga... y el convenio se llevó á cabo.

A las noticias dadas acerca de los tres jóvenes, solo añadiré, Mr. Guinot, que el primero es un abogado de talento; el segundo un diplomático en agraz; y en fin, el tercero un poeta muy conocido como autor dramático.

RAMON DE NAVARRETE.

CONTESTACION AL PERIÓDICO TITULADO LA OPERA, Y Á SUS REDACTORES.

Por muchas razones siento verme en la precision de tomar la pluma para hacerme cargo del *golpe de violon* que ha dado *La Opera* en la página 3.ª de su núm. 6.º; pero debo hacerlo, aunque mas no sea, por dejar consignado que no fué mi ánimo ofender en lo mas mínimo á los redactores de *La Opera*, personas tanto mas respetables para mí, cuanto que se ocultan bajo el velo del anónimo.

No ha dejado de causarme estrañeza el ver que existe un periódico que, teniendo *verdaderas pretensiones* de paladín musical, al verse incitado á una polémica en la cual pudiera lucirse mucho, lo primero que hace es buscar un protesto para eludir la cuestion de arte, y meterse en cuestiones literarias que ni yo he provocado, ni tienen relacion con el título de *Gaceta Musical*; ¡cosas de España! en este pais tan fecundo en vice-versas, nada tendria de estraño que un periódico de música fuera redactado por personas que digieran de buena fé lo que un célebre poeta español contemporáneo, á saber: «De todos los ruidos el que menos me desagrade es la música bien organizada»... y no se crea por esto, que trato de aplicar estas palabras al autor ó autores del *golpe de violon*, todo lo contrario, estoy convencido de que los artículos del periódico *La Opera* están llenos de música, que es verdadera *música celestial*, ejecutada por ángeles que tocan el violon. Pero dejo á un lado un instrumento que toca á solo no es muy grato, y paso á ocuparme del artículo de *La Opera*.

Nunca pude imaginar que unas personas que se dicen artistas pudieran traducir mis palabras por hijas del mezquino interés; en esto me han hecho una ofensa que ha recaído sobre sí abrigando tan poco nobles pensamientos; pero no, no es posible tan dañada intencion de su parte; esto debe ser motivado solamente por el *poco pulso y sangre fría* del escritor del artículo, pues si hubiera pensado bien, hubiera comprendido que al tomar yo la pluma en defensa de la zarzuela, no me animaba otro interés que el de colocarla en el modesto y honroso lugar que la corresponde por lo utilísima que es para los jóvenes que, como yo, hacen sus primeros ensayos en el arte melodramático: si, señores, *utilísima* bajo los aspectos literario y musical en todos sus ramos: esta verdad la comprenderian VV. si supieran las condiciones que debe tener la zarzuela, y entonces, naciente y defectuosa como es, en vez de ensañarse con ella escribiendo mezquinas gacetiñas, apuntarian sus defectos, indicando el medio de corregirlos, primero en la parte literaria, y luego en la musical de composición y de ejecución; estimularian al gobierno para que reorganizara el Conservatorio de música, con el fin de que este educara á la juventud en el canto, en el instrumental y en la composición; estimularian asimismo á las empresas teatrales para que adquirieran mas elementos, con el fin de engrandecer este espectáculo, y harian, en fin, otras muchas cosas en contrario de las que hacen: pero no me estraña su conducta, pues cuando tanto se reservan de hablar, deben conocer su insuficiencia en la materia; por de pronto, lo que de tan inmotivada oposicion se deduce, es que ó no corre por las venas de VV. sangre española, ó ceden á instigación de un espíritu esclusivamente comanditario.

Dicen los redactores del citado artículo que he tenido la osadía de negarles el título de literatos (cosa que no he querido decir) y para probarme que lo son, buscan una autoridad literaria para que hable por ellos... ¡pero con qué acierto han aplicado la cita!... ¿Qué tienen que ver las llamadas piezas andaluzas, escritas en *caló* solo para ser recitadas, con las llamadas zarzuelas, escritas en castellano para cantarse en parte?... por mí sé decir que no hallo puntos de contacto entre estas dos clases de espectáculos, para que al segundo se le apliquen las palabras que don Alberto Lista escribió sobre el primero; esto es como si, por ejemplo, tratando de probar que eran malas las carreras de caballos, se fuera en busca de la autoridad de los papas que fulminaron anatemas contra las corridas de toros; de aqui la consecuencia de que los literatos que redactan *La Opera*, ó no tienen todo lo de *Valdinoti*, ó cuando menos han creado para sí una lógica particular: en cuanto á la otra autoridad que citan, *Le Conciliateur*, periódico extranjero en su patria, á quien se podria aplicar aquello de don Hermógenes «lo diré en griego para mayor claridad:» mucho siento que el ventajosamente conocido literato señor Cuendias haya firmado párrafos tan iracundos como los que allí se escriben, y que parezcan hijos mas que de la meditacion, de una mente acalorada, pero nada puedo contestarle, porque al fin no hace sino emitir una opinion aislada, de la que responde con su nombre; así que me contentaré conque *me haga mucha gracia*, pero no desplegaré mis labios sobre el particular, por dos razones: Primera, porque allí la principal cuestion es la literaria, y segunda porque para contestar á tan tremendas frases seria preciso vestirse de cota de malla y salir á la palestra con lanza en ristre. No me quejo, pues, del Sr. Cuendias, por las razones que he dicho, me quejo de *La Opera* porque pretendiendo ser el órgano de las buenas doctrinas musicales y la defensa del arte lírico-español, es el órgano de Móstoles y la cuchilla que se clava en lo único que puede contribuir, por ahora á la creación de un teatro de ópera nacional, mas que le pese al articulista que dice aquello sobre el *Asedio de Medina*, de cuya ópera me abstengo de hablar por consideraciones á su autor, con cuya amistad me honro, y porque seria preciso atacar otras personalidades, entrando así en un terreno muy distante del de esta polémica que he promovido *de mi cuenta y riesgo*, y no por *inspiración ajena* como el autor ó autores del *Golpe de violon*.

Si no temiera exceder los límites de un artículo de periódico, mucho pudiera decir todavía sobre aquello de que no he leído la historia de mi arte y que no sé la acepcion de las palabras: en cuanto á lo primero, *LA OPERA*, se ha encargado de suplir esta falta copiando de varias obras esa misma historia, y haciéndomela tragar por medio de los primeros artículos de todos sus números: en cuanto á lo segundo, no me tomaré el trabajo de apuntar aquí lo mucho que en *LA OPERA* podrian tachar Lista, Hermosilla y otros eminentes críticos, porque seria demasiado larga y penosa la tarea para mí, débil músico sin pretensiones de literato; sin embargo, concluiré mi artículo haciendo ver al público que *LA OPERA* tiene la gracia especial de probar en sus escritos lo contrario de lo que desea, dando así una muestra de su lógica especial y de su conocimiento en el idioma castellano. Dijo primero que las zarzuelas no pertenecian al verdadero arte lírico; y estas palabras motivaron mi pregunta. ¿Qué cosa es el verdadero arte lírico español...? A la que me contesta en su *golpe de violon*. «Es aquel con que se construyen las composiciones para verdaderos artistas cantantes é instrumentistas, y no para *legos* en el arte...»

¡Pobres artistas del teatro de Variedades...! Tú, señorita Latorre, que recibiste lecciones de Saldoni, tú, señorita Isturiz, que las recibiste de Valdemosa, vosotros, Gonzalez y Alverá, discípulo del anciano filantrópico que dió lecciones á Salas y á Unanue, vosotros, coristas de ambos sexos, que habeis actuado mucho tiempo en los teatros de ópera italiana de Madrid, vosotros, profesores de la orquesta, que sois, en el mayor número, pertenecientes á la capilla y cámara de S. M. la reina de España, y que tocáis á primera vista la música mas complicada, tú tambien, amigo Salas, columna en que se apoya la zarzuela... todos, todos en fin, sois *legos en el arte*, porque para vosotros se escribe, y así os califica el *OPERA* *en su alta sabiduría!* Pero esto no puede ser, y concediendo, como no puede menos de conceder dicho periódico, que no sois *legos en el arte*, tiene que confesar que (por el sentido de sus palabras) las zarzuelas pertenecen al *arte verdadero*, que es justamente lo que ha tratado de negar sin poner mientes en lo que hacia... ¡Pobre periódico, qué lástima, tan jóven y contradecirse...!!! ya siento casi que el número de lectores de este periódico (*LA ILUSTRACION*) sea tan grande...! pero... cómo ha de ser...!

Concluyo dando las gracias á *LA OPERA* por lo mucho que me favorece y por los *fraternales consejos* que me dirige: por mi parte la suplico, bañado en lágrimas, que siga constante en su idea de hablar mal de la zarzuela, porque estoy persuadido de que si hablara bien la haria el daño mas grande que se puede imaginar.

F. A. BARBIERI.

Higiene dentaria.

La higiene contiene una verdad fundamental, á saber: que los cuidados que exigen de nosotros las diferentes partes de nuestro cuerpo, deben ser proporcionadas al número y á la importancia de las funciones confiadas á los órganos que le componen, y bajo de este aspecto hay pocas, ciertamente que merezcan una atención mas detenida que la boca.

Los médicos antiguos y modernos que se dedicaron á averiguar las relaciones que existen entre los seres organizados y los fenómenos que sus órganos producen, como tambien á determinar las condiciones necesarias para la conservación de su vida, consideraron la boca de tal importancia, solamente en sus funciones del gusto y de la digestion, que no omitieron medio alguno para adquirir un conocimiento íntimo de su composición.

Los mismos poetas, cuyo entusiasmo se inflama siempre á la idea de todo lo que puede contribuir al bienestar del hombre, han cantado la excelencia del gusto y las ventajas de la masticación; y si consultamos la historia hallaremos

que muchos pueblos han dado tanto valor á las funciones de la boca, que las precauciones de que depende su estado de salud, fueron en unas legalmente obligatorias (1), y en otras ha sido el objeto de preceptos religiosos. (2)

Pero por necesaria que sea para la vida y conservacion de la boca en toda su integridad, pareciera exagerado todo lo que se ha podido hacer ó decir sobre esta materia, si esta parte no procurase al hombre mas que ventajas puramente materiales, ó por mejor decir, si no contribuyese de la manera mas directa á multiplicar los gozes de su existencia moral, dilatando la esfera de su vida de relacion.

En efecto, la boca es e. centro y la parte mas notable de la fisonomía: de ese espejo que raras veces nos engaña y en el que se pintan todos los sentimientos que pueden agitar el corazon humano, trasparente vivo del alma que inmediatamente seduce ó inspira aversion.

Así en Atenas como en Roma, en Madrid como en Atenas, los dientes sucios, corroidos por las caries, ó cubiertos de sarro, la fetidez del aliento, han sido siempre objetos de asco y motivos de aversion: al contrario, lo mismo hoy que hace dos mil años, lo mismo mañana que dos mil años, la frescura de los labios, la pureza del aliento, la blancura y la regularidad de los dientes y el colorado de las encías han sido y serán seguramente el atractivo mas grato y celebrado.

El aspecto que ciertas disposiciones de la boca dan á la fisonomía, producen una impresion tan fuerte, y ejercen un ascendiente tan irresistible, que basta algunas veces un ligero movimiento de labios, ó el mágico poder de una sonrisa para enredarnos por toda la vida en lazos indisolubles; y por el contrario, cuántas personas desfiguradas por la vista desagradable de una boca sucia y descuidada, se hallaron privadas por esta causa de una alianza que deseaban, ó de un amigo que buscaban?

Hemos demostrado las ventajas incontestables que proporciona al hombre en sus relaciones sociales la conservacion de la boca en su integridad, considerada como parte esencial de la fisonomía; pero estas ventajas parecerán insignificantes comparadas con las que producen en el órgano de la articulacion de la voz, como instrumento de la palabra; de esta facultad preciosa, por medio de la cual espresamos de una manera clara, fácil y pronta, nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, y en una palabra, todo lo que depende del ejercicio de nuestras facultades intelectuales.

Nadie puede juzgar con mas exactitud de la utilidad y valor de una boca sana y pura, así como de los cuidados minuciosos, necesarios á su conservacion, que las personas destinadas por sus funciones á hablar en público y á convencer el ánimo de sus semejantes por los atractivos seductores de la elocuencia y las gracias de la elocucion; pregúntese sino al abogado, que empleando todos los recursos del arte debien decir, domina el ánimo de los jueces hasta el punto de cautivar su razon: al actor que por medio de las inflexiones de su voz, hace de tal manera sensible el pensamiento que está encargado de espresar, que nos arranca, á pesar nuestro, lágrimas y suspiros; pregúntese en fin á la actriz, cuya voz pura y sonora, produce los sonidos armoniosos que nos transportan y subyugan; todos responderán que la boca es el instrumento de tantas maravillas, y que sin el cuidado que han tenido en conservar la dentadura ó ocultar sus imperfecciones recurriendo á los secretos del arte, su voz no sería en muchas ocasiones mas que un continuo silvido, y aun muchas veces un oscuro abullido.

La boca se considera actualmente como el indicio del desaseo ó de la negligencia, sobre cuyo particular la vista forma un juicio severo: y esta opinion es ya tan general, que algunas personas notan en otros este defecto en que ellos mismos incurren.

El público empieza tambien á comprender que, siendo los dolores de los dientes y muelas los mas insoportables que pueden producir las enfermedades á que está sujeto el hombre, éste es culpable hácia sí mismo, y reprehensible á los ojos de los demas, por no haber procurado con anticipacion sustraerse á tantos males con el cuidado y la limpieza, ó empleando los auxilios de un arte que, consultándole á tiempo, puede precaver accidentes desagradables.

El gran número, y principalmente la naturaleza particular de los usos de la boca, demuestra claramente toda la importancia que debe tener el estudio de las enfermedades de que pueden adolecer sus diferentes partes y justificar suficientemente la opinion de los médicos, que de tiempo inmemorial juzgaron necesario que estas enfermedades fuesen el objeto de un arte esencialmente distinto de los demas ramos de la medicina, si no en su estudio, á lo menos en su práctica.

De los alimentos que convienen á la conservacion de los dientes y de las diferentes partes de la boca.

Sucede con los dientes lo mismo que con las demas partes de nuestro cuerpo, su conservacion en el estado de perfecta salud depende de dos especies de condiciones enteramente distintas; unas son generales, esto es, no conciernen á la boca sino en cuanto está sujeta á las leyes fundamentales que rigen toda la economía; las otras, son particulares ó especiales que se aplican exclusivamente á los dientes; las primeras como se ve, constituyen el régimen de la vida propiamente dicho; las otras no son mas que precauciones locales.

Nos ocuparemos ahora de estas dos especies de condiciones, y siguiendo el orden determinado por su importancia relativa, empezaremos por las primeras. Pero si bien nos abstendremos lo que pertenece á la higiene general, no demos menos de dar algunas reglas sumarias relativas á la materia preferente, las que son particularmente aplicables á la conservacion de los dientes.

La eleccion de los alimentos es, sin contradiccion, la primera y mas indispensable precaucion que debe tomar quien desea conservar la salud, y por consiguiente la dentadura. Aunque esta verdad sea incontestable, no se hace de ella la aplicacion que debiera, y es tan poca la atencion que se pone en ello, que se puede decir sin temor de ser des-

mentido, que la mitad á lo menos de las enfermedades que afligen á la vida humana, provienen de la negligencia en la aplicacion de los principios que deben regir en todo lo que concierne á los alimentos.

Esta asercion irrecusable, se aplica particularmente á las personas que forman las dos estremidades opuestas de la sociedad en las grandes poblaciones; porque si en las clases inferiores el alimento no es mas que una serie interminable de excesos, tambien es fuerza reconocer que la variedad indefinida y el conjunto desordenado de platos que se disputan el poder de excitar el apetito de los opulentos, no es mas que la intemperancia, cuyas consecuencias deben ser tan funestas á la salud como los mismos excesos.

Estando el hombre destinado á sustentarse de casi toda especie de alimentos, la constitucion particular de cada persona es la regla principal que debe seguirse en la eleccion de los que mas particularmente conviene hacer uso. Esta constitucion no es otra cosa que lo que comunmente se llama temperamento, el cual designando una manera de existir particular al cuerpo, por sí misma es ya una predisposicion al estado de enfermedad, es evidente que los mejores alimentos para cada uno serán los que contribuyan á moderar los efectos de su temperamento ó á debilitar la tendencia que puede tener á degenerar en enfermedad.

Así, las personas que tienen la fibra floja, la tez blanca, las facultades intelectuales lentas, deben elegir con preferencia sus alimentos en la clase de los que tienen una accion excitante sobre la economía; tales como las carnes y el vino tomado con moderacion. Al contrario, las personas muy sanguíneas que tienen viva la susceptibilidad nerviosa y prontas las determinaciones morales, deben sustentarse mas particularmente de alimentos del reino vegetal, y escoger por bebidas las que contienen menos principios alcohólicos, y así sucesivamente para los demas temperamentos.

Me desviaría demasiado del objeto de este artículo, si tratase de examinar en la calidad particular de cada alimento la influencia que puede tener en la salud, y por consiguiente en la conservacion de los dientes, y me limitaré á explicar la accion que ciertos alimentos ejercen sobre los dientes en el acto de la masticacion.

Se puede decir, en general, que las sustancias animales son menos favorables á la conservacion de los dientes que las sustancias vegetales; y no es difícil hallar la explicacion de este hecho en la dificultad que se encuentra en extraer de entre los dientes el residuo fibroso de la carne asada, ó en quitar la parte glutinosa de las que se preparan por la ebullicion. En las carnes secas ó saladas, tomadas como alimento habitual, es en las que se advierte mas particularmente la accion perjudicial que ejercen sobre los dientes. El uso continuado de ellas, produce en las personas que hacen largos viages, formar la terrible afeccion llamada escorbuto. El flujo continuo en las encías y los dientes descarnados, son el primer síntoma, esto es, el primer indicio de la deterioracion profunda de toda la economía.

En el número de las sustancias que se creen generalmente perjudiciales á los dientes, se cuentan las que tienen azúcar. Es difícil decidir si esta opinion es fundada ó si es el resultado de algunas preocupaciones, porque si por una parte se objeta que los negros empleados en la preparacion del azúcar tienen los dientes muy blancos, y que algunas personas á pesar del uso continuado que hacian de esta sustancia han conservado los dientes hasta una edad muy avanzada; se responde por otra, que aunque el azúcar no contiene ningun ácido susceptible de alterar los dientes, no es menos dañoso por sus cualidades físicas. En efecto, si se come solo y en sustancia, obra de una manera mecánica, como todos los polvos que provienen de sales duras, frotando y destruyendo el esmalte; si se toma en jarabe ó en almibar se aglutina en los dientes privándolos momentáneamente de la accion del aire, con lo que se forma allí un centro habitual de fluxion inflamatoria que es muchas veces precursora de la caries.

Aunque no se admita la influencia esencialmente perjudicial que se atribuye al azúcar ó á los manjares que lo contienen, influencia en cuyo favor nada deponen el análisis químico, cualquiera que sea por otra parte la opinion de muchos dentistas, no es menos cierto que existen razones poderosas para aconsejar á las personas que desean conservar sus dientes sanos y blancos, que sean moderados en el uso de esta sustancia. Hay mas razones que alegar; porque el uso que se hace del azúcar en los polvos detrificos, prueba que es capaz de gastar á la larga el esmalte de los dientes; y la especie de dentera que produce en algunas personas, justifica mi modo de pensar sobre el segundo de los efectos perniciosos que creo puede ocasionar.

Todos estos motivos serian bastantes ciertamente para distraer á los niños del atractivo que tienen para ellos todas las sustancias en que entra el azúcar; pero hay otra razon mas poderosa, y es, que su uso frecuente es peligroso para la salud en general, á causa de la viva excitacion que determina en toda la economía; en una palabra, porque es eminentemente cálido.

Las frutas verdes, y en general todas las sustancias ácidas, sólidas ó líquidas, son muy perjudiciales á los dientes. Los jóvenes no pueden convencerse del daño que les hace su aficion á las bebidas ácidas y á las frutas verdes: si el temor de alterar su salud no les contiene, cedan á lo menos á los peligros en que ponen sus dientes por satisfacer un gusto tan extravagante, por no decir depravado.

El uso de los licores alcohólicos, es tambien muy dañoso; y aun suponiendo que la accion química sea nula, tienen siempre el inconveniente de poner las encías y las diferentes partes de la boca en un estado constante de irritacion que se comunica á los dientes. La esperiencia prueba igualmente que el agua de pozo contribuye á alterar prontamente el esmalte de los dientes: esta observacion fundada en el conocimiento de la composicion de estas aguas ha sido confirmada por el exámen de la boca de las personas que las usan; en efecto, hay pocas en los pueblos que no se surten de agua de rio, que no hayan perdido la mayor parte de los dientes antes de los cuarenta años.

Lo que digo de las aguas de pozo, puede aplicarse tambien á algunas minerales; por lo que aconsejo á las personas que por su salud se ven obligadas á frecuentar los establecimientos termales, que á su vuelta hagan registrar sus

dientes por un dentista, para asegurarse si han tenido alguna alteracion aunque no sea mas que en el color.

Ademas de la naturaleza directa de los alimentos se debe tambien considerar su forma y temperatura cuando se introducen en la boca. Conviene, pues, habituarse desde el principio á no quebrar con los dientes los huesos, almendras, nueces, etc., consejo ciertamente vulgar, pero cuya importancia no se conoce sino cuando el mal que produce es irreparable.

Las precauciones relativas á la temperatura de los alimentos consiste en evitar los dos extremos. Si se toman muy calientes ocasionan inflamaciones en la membrana que cubre la boca y oscurecen necesariamente el sentido del gusto, al paso que disponen las encías á un flujo de sangre continuo y mantienen los vasos y los nervios que contienen la cavidad de los dientes en un cretismo constante que puede pasar al estado de inflamacion por la mas ligera causa; si están muy frios, la sangre se retira inmediatamente de la boca; los nervios dentarios se irritan, en cuyo estado hay una disposicion á los dolores odontálgicos que se encuentran con bastante frecuencia, sin que se perciba en el diente el mas ligero indicio de alteracion.

Es sobre todo perjudicial, el cambio repentino de manjares de una temperatura opuesta. La sensibilidad de los dientes excitada inmediatamente en sentido contrario, se deteriora pronto, y el tejido del diente se resiente. Esta reflexion se aplica naturalmente á la costumbre que se tiene generalmente de beber frio despues de la sopa. Un adagio antiguo dice, que este uso no es perjudicial mas que al médico; pero la razon y la esperiencia enseñan que es muy favorable al dentista, pero que es menester emplearlo lo menos posible.

De la influencia que el vestido y las vicisitudes atmosféricas ejercen en el desarrollo de las enfermedades de la boca y de los dientes.

Despues de los alimentos, el aire y los vestidos que nos preservan de la intemperie, son los objetos que mas conviene examinar detenidamente en lo que concierne á la conservacion de los dientes. Desgraciadamente la voz de la verdad ha sido hasta ahora, y será acaso por mucho tiempo, impotente contra el imperio fatal de las preocupaciones y el ascendiente tiránico que ejerce la moda en las mugeres. En vano un gran número de filántropos han exhortado al sexo amable á no adoptar sino las maneras de vestir que no alteren ni su salud, ni su belleza; la razon no ha sido oída hasta que ha sido preciso buscar en ella algun remedio ó alivio á los dolores que el capricho de la moda habia ocasionado.

Habiendo sido infructuosas tan elocuentes amonestaciones, no tengo la pretension que las mias sean mas eficaces; pero para cumplir con el deber que me impuse, debo reproducir aquí los peligros á que está espuesta la salud en general y los dientes en particular, cuando se omiten las precauciones que pueden sustraerse aquella y estos á la accion perniciosa que el aire es susceptible de ejercer sobre nosotros en ciertas circunstancias.

La primera precaucion que se debe tomar respecto del aire, es evitar igualmente un calor estremado y un gran frio; pero sobre todo, la transicion repentina de una temperatura estremada á la opuesta.

JOSÉ LEON.
(Continuará.)

—Sabemos que el Sr. D. Ramon de Navarrete, nombrado individuo de la junta gubernativa del Teatro Español, no ha dividido este honroso cargo por poderosas y respetables razones de delicadeza.

Emilia Frezzolini.

—Emilia Frezzolini nació en Roma en 1823, y cuenta por lo tanto veinte y siete años. Su padre, que vió arruinada su fortuna á la caída de Napoleon, adoptó la carrera escénica, distinguiéndose en el género bufo. Emilia, destinada desde pequeña al claustro por lo delicado de su salud, entró en el convento de Orviets, y luego pasó á otro de Florencia. Desde sus primeros años demostraba tener un excelente oído y mucho gusto para la música; los dulces sonidos de su voz formaban el encanto y la distraccion de las monjas. Á la edad de quince años, su constitucion, hasta entonces delicada sufrió un cambio total. De niña endeble se habia transformado en mujer llena de vigor y energía, y con imaginacion de fuego, desarrollada con la lectura de las obras de los mejores poetas.

En esta época fué retirada del convento. Apenas habia cumplido diez y seis años, cuando hizo su primera salida en el teatro de Cocomero de Florencia en *Beatrice di Tenda*, que desde entonces ha sido uno de sus papeles predilectos. Despues apareció en los teatros de Roma, Florencia, Venecia, Milan, Nápoles y Turin. Casada con el tenor Pozzi, cantó en 1842 en Lóndres, donde sufrió una larga enfermedad. El año 1847 un precio exorbitante le sedujo á ir á San Petersburgo, cuyo temperamento le restituyó sus fuerzas perdidas. En esta capital obtuvo un triunfo mayor que el de ninguna de sus antecesoras. El emperador la colmó de obsequios y de magníficos regalos, manifestándole el deseo de que volviese allí todos los años. Hacia mucho tiempo que los ingleses hacian toda clase de tentativas para inducir á la signora Frezzolini á que visitase á Lóndres por segunda vez, y por fin, la temporada pasada no pudo resistir á las ventajosas ofertas que le hicieron para que su presencia aumentase el *éclat* del teatro de la Reina.

La voz de la Frezzolini es *soprano* de los mas altos: posee mucha ciencia música y gran entusiasmo por el arte que profesa. Para espresar con pasion no hay quien la aventaje en Europa. Tiene ademas la eminente cualidad, tan rara ahora, de cantar al mismo tiempo las palabras que las notas, las que dice con toda la claridad y pureza de su buen acento romano, comunicando la expresion al oído de los espectadores por medio de una de las voces mas simpáticas que se han oído. Su interesante figura romana, la elegancia, dignidad de su persona en las tablas, unidas á las demas ventajas que posee, la hacen figurar en la esfera mas elevada de su arte.

(1) Estaba prohibido á los turcos quitarse un diente ó una muela sin la autorizacion espresa de un oficial público.

(2) Véase las leyes de Moisés.

A la impresion que nos há causado la vista del panteon de los señores conde de Tepa, construido en el cementerio de San Nicolás de Bari, no á la amistad que nos une al jóven arquitecto que lo ha pensado y dirigido, se debe que tomemos la pluma para hacerlo conocer al público lisa y llanamente. Que, aunque digno de elevados elogios sea, no queremos ofender la modestia de nuestro compañero el señor don Leopoldo Z. Lopez, bastando á los inteligentes, por otra parte, la proyeccion que de él presentamos para hacer notar cuán bien y delicadamente se halla interpretado el arte difícil de la arquitectura en una de sus monumentales aplicaciones. ¡ Ah!... lástima que sea tan corto el número de las personas que le sientan, particularmente entre las que rigen el destino de nuestra desventurada patria! ¡ Que á esto se debe principalmente el humillante desprecio con que aquel se mira entregado en manos de algunas personas incapaces de conocer sus bellezas!...

Si el grabado que presentamos no basta á dar á conocer la pureza de los perfiles del significativo orden dórico griego que, en una de las infinitas variedades en sus proporciones, está empleado aquí con el mejor acierto, bastará al menos para llamar la atención de los amantes del arte que deben verlo.

IMPOSICION DE LOS BIRRETES, Á LOS SEÑORES ARZOBISPOS DE TOLEDO Y SEVILLA.

Quando tomábamos la pluma para hacer la descripción de esta notable ceremonia que tuvo lugar en la capilla Real el día 10, recibimos *La España*, en cuyas columnas se lee la siguiente relación que nos ahorra la tarea de escribir otra análoga.

Antes de ayer se celebró en el real palacio la solemne

ceremonia de la imposición de los birretes á los dos nuevos cardenales, los señores arzobispos de Toledo y Sevilla. Se había citado para la una, y pocos momentos despues SS. MM. la reina y el rey entraban en la capilla, acompañados de S. A. R. el infante don Francisco y de los altos dignatarios del palacio. El templo se hallaba dispuesto como en los días de gran solemnidad, y ademas se veía en frente del trono, dos sillones y reclinatorios encarnados, al lado de la epístola una mesa con tapete tambien encarnado, y encima dos bandejas de oro con los dos birretes, y entre el banco de los obispos y el trono, un banquillo de raso blanco en el cual se sentó el ablegado de Su Santidad Monseñor Lodocouski, jóven eclesiástico de hermosa figura, que iba vestido de morado, y que en el momento de la ceremonia vistió un elegantísimo ropon de color de grana. Los dos cardenales tomaron asiento en el banco de obispos, junto al de Mondoñedo, sentándose enfrente el señor Patriarca en su lugar acostumbrado. Los dos guardias nobles de Su Santidad, que habían traído los sólidos cardenales, estaban tambien vestidos de uniforme en banquetas muy cerca del trono. Los cardenales iban con su traje ordinario de prelados, con la única diferencia del solideo y las medias, que eran de color de púrpura.

Acabado el *introito* de la misa se empezó la ceremonia. El ablegado de Su Santidad se puso á los pies del trono, teniendo á su lado al Sr. Patriarca de las Indias y al maestro de ceremonias, y levantándose SS. MM. y todos los presentes, pronunció en latin y con enérgico y sentido acento el discurso que han publicado todos los periódicos.

Acto continuo el mismo ablegado entregó á S. M. la reina, en una bandeja de oro, los breves de Su Santidad. La reina los entregó al patriarca y este al notario, y haciendo todos profunda inclinacion al trono, se retiraron á sus respectivos puestos.

En seguida el notario de la real capilla, puesto de pié frente al trono, leyó en alta voz el breve relativo al señor arzobispo de Toledo, y concluida esta lectura, Su Eminencia acompañado de dos capellanes de honor, el maestro de ceremonias y el ablegado, con la bandeja en que estaba el birrete, se presentó ante el trono y subiendo sus gradas se puso S. M. de pié, y tomando el birrete de la bandeja que

leído nuestros suscritores.

Acto continuo Sus Eminencias, el ablegado y los guardias nobles se retiraron á la sacristía, siguiéndose la misa. Los nuevos cardenales se vistieron allí el traje encarnado propio de su dignidad, que es de la misma forma que el de los obispos, y así revestidos volvieron á salir á la capilla, colocándose en los sillones de que antes hemos hablado, y que hasta entonces habían permanecido desocupados. Entonces se notó que el traje del señor cardenal de Toledo tenía cola, de la cual carecía el de Sevilla, y oímos achacar esta falta á haberse hecho el de este último en la capital de su diócesis, en donde tal vez se ignora que la cola es circunstancia precisa en la vestidura cardenalicia de ceremonia.

Con arreglo á lo prescrito en el ceremonial, los dos cardenales echaron alternativamente las bendiciones de la misa en lugar del celebrante, y la última bendición la dieron solemnemente los dos, primero el de Toledo y luego el de Sevilla. El maestro de ceremonias anunció los cien días de indulgencia concedidos por SS. Emmas. á los que habían asistido á la solemnidad, y acto continuo salió toda la comitiva dirigiéndose á la régia cámara, yendo inmediatamente delante de las reales personas y con los birretes en la cabeza los dos nuevos purpurados. Allí dieron éstos á S. M. otra vez las gracias, y se retiraron á sus casas con lujoso acompañamiento de coches, en los que iban algunos personajes.

Por la noche el Nuncio de Su Santidad obsequió con un espléndido banquete á los dos nuevos cardenales. Estos se colocaron en la mesa formando centro: el de Toledo tenía á su derecha al señor presidente del consejo de ministros, y el de Sevilla al mismo señor Nuncio. Había ademas otras treinta perso-

nas, entre las cuales estaban el patriarca de las Indias, el ministro de Estado, el de Gracia y Justicia y el de Hacienda, el obispo de Mondoñedo, el comisario general de Cruzada, el decano de la Rota, el duque de Riánsares, el de Frias, el de Osuna y otras notabilidades.

El conde de Alets en Leon.

El conde de Alets, personaje muy considerado en la corte de Francia, pasando una vez por Leon, fué en casa del jefe de policía, que no sabiendo quién era le recibió con el

tono altanero peculiar en todos tiempos á cierta clase de empleados en provincias que quieren darse importancia.

—Hola, amigo, se viene de Paris? le dijo, ¿qué dicen por allí de bueno?

—Dicen misas, respondió el conde.

—Ya lo supongo, ¿pero qué se corre, qué rumores hay?

—Corren los caballos, y hay el rumor que producen los coches y las carretas al circular por las calles.

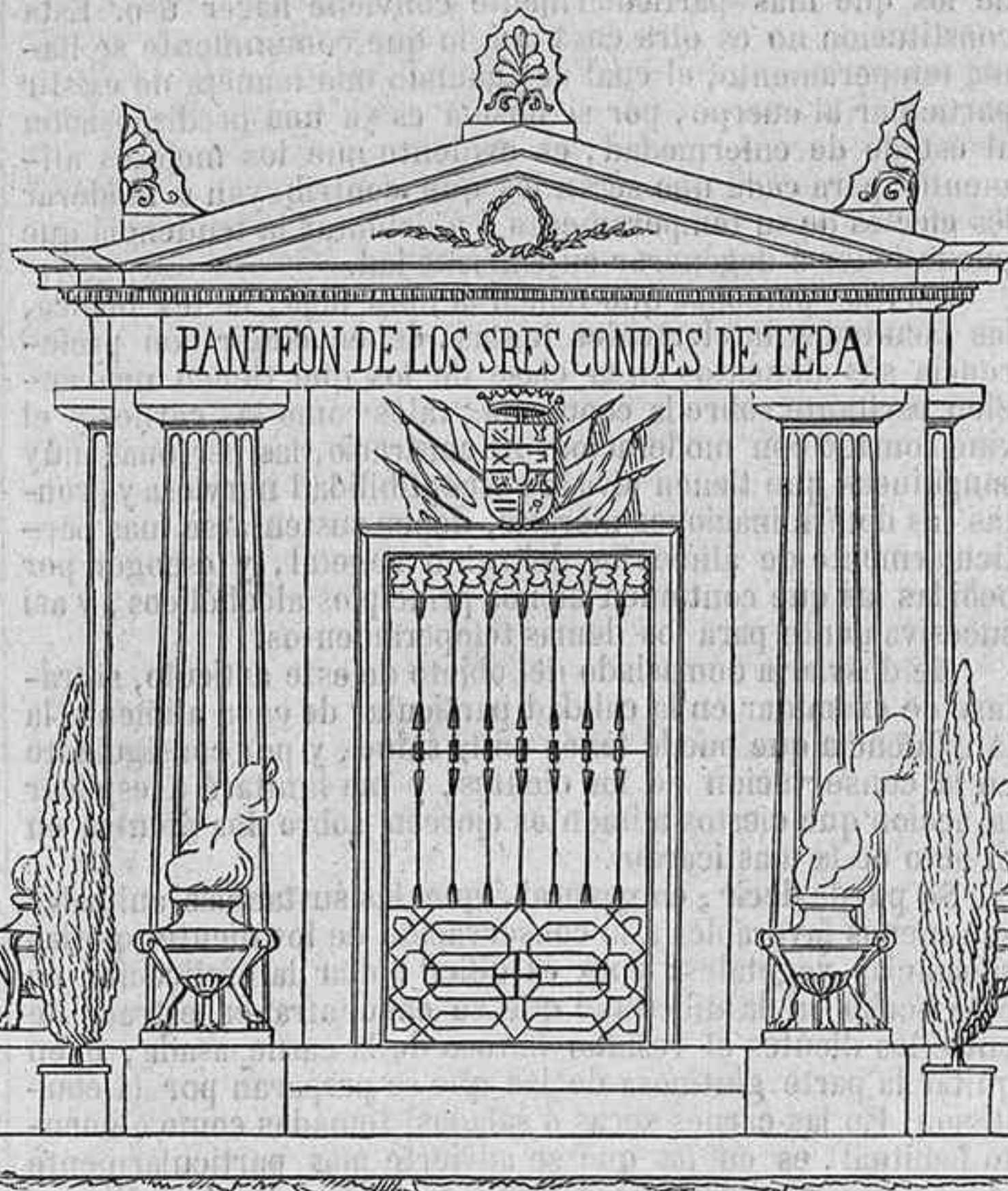
—Lo que yo le pregunto á V. es si hay algo de nuevo?

—Sí señor, hay guisantes y habas verdes.

Sorprendido el funcionario público de que se atrevieran á hablarle así, le preguntó:

—Amigo, ¿cómo se llama V.?

—Los necios, en Leon, me llaman *amigo*, en Paris soy conocido por el nombre de conde de Alets.



Ceremonia de la imposición de birretes en la Real Capilla.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de A. Llambrera, Jacometrezo, 26.

